

## LOS CIEGOS

(Celebración sabática en un acto)

*(De una página cualquiera del Libro brota una pequeña protuberancia que crece desmesuradamente hasta adquirir forma y presencia humana. Se llama BRUNO. En su rostro liso como un reloj sin manecillas sólo se distinguen los ojos. Cuando habla, su voz suena ajena.)*

BRUNO: *Siempre he tendido hacia la luz. Tal vez por eso mi inclinación, mi devoción por la ciencia. Alguna vez dije que buscaba en la ciencia el orden que parece negarse a quien lo busca en su propio interior. Creo que para mejor comprendernos hay que mirar fuera de nosotros. La ciencia es lo claro, la comprensión de la realidad que nos envuelve. Cuanto más profundo sea ese conocimiento, más lejanos estaremos de las tinieblas y de la angustia. No hay nada que sea torcido en la física o en la matemática. Por eso me he dedicado a ellas. En la resolución de sus enigmas sólo interviene la lógica y la experiencia constatable. La asimilación de esos mismos enigmas también es un acto de pura lógica; aceptarlos es reconocer que incluso la propia existencia está regida por un orden causal, inamovible. Recuerdo cuando estudiaba en el laboratorio de Joliot-Curie, en París, y luego en Estados Unidos, en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Mis estudios sobre la radiación atómica no hicieron sino confirmarme más en la creencia de que la racionalización es el único medio para disipar lo que atormenta, lo que se nos aparece con la máscara de lo desconocido, de lo oculto, de lo invisible. Por eso detesto la noche. En la noche sobrevienen las furias incontroladas, las dudas, los sueños que no tienen explicación. Las noches son túneles que no conducen a ninguna parte. Incluso la enfermedad germina siempre en la noche y, como ella, es oscura, envilecedora. Sí, sí. Yo estoy de parte de la realidad consciente. Jamás he dejado de tender hacia el día, hacia la luz.*

*(En otra página cualquiera del Libro surge ahora otra protuberancia que crece hacia abajo, como un tentáculo que ahondara. Al igual que BRUNO, sólo los ojos se distinguen en su rostro carente de facciones, alisado como un pergamino del que*

*un agua remota se hubiese llevado los signos escritos. Esta nueva protuberancia que responde por FERNANDO está situada en el extremo opuesto a la otra, es su antípoda en el espacio. Su voz también parece ajena.)*

FERNANDO: *La oscuridad no es un territorio ambiguo, ni siquiera monstruoso. Ciertamente que sus resortes no los mueve lo que aceptamos habitualmente como lógica, pero yo he descubierto que también hay otra lógica: la del desorden, y que igualmente existe una organización de las tinieblas. Brauner sabía mucho de esto. Tal vez él haya sido el único que entendió perfectamente las reglas que están en lo oscuro, en lo desconocido. Cuando pintó su propio autorretrato en el que aparece vaciado su ojo derecho por una flecha de la que cuelga la letra D, no hacía sino anticipar lo que habría de ser el hecho esencial de su existencia. Pudo quedarse en Rumania, pero regresó de nuevo al Boulevard de Montparnasse; regresó justo a aquella casa que un día fotografió sabiendo —estoy seguro que lo sabía— que en ella Oscar Domínguez lo mutilaría. El ojo de Brauner se convirtió en una enorme llaga, en un agujero vacío que sólo vislumbraba una D: la inicial que pendía en la flecha de su autorretrato, la inicial de quien hizo cierto aquel cuadro salido de la oscuridad y pintado años antes. Brauner sabía que el sueño, las sombras, lo que parece confuso en ellos, acaba por no serlo. También lo sabía Domínguez, como lo muestra su propio final: su propia muerte que él ya había reflejado en el lienzo... Son ejemplos, pruebas claras de lo que afirmo. Yo creo en la oscuridad. No me aterra. Adentrarme en las tinieblas es hallar explicaciones para nuestra condición y para lo que nos rodea. En lo oscuro nos encontramos.*

*(Alguien recorre las páginas del Libro, las hace pasar sin orden, como si soplara aspas de un molinete de viento, como si pusiese en marcha una ruleta y se quedara escuchando su sonido hasta que, lentamente, cesa la rotación y el molinete o la ruleta se detienen en un punto impreciso. De inmediato aparece UN ECO y resuena.)*

UN ECO: *... La novela rechaza cualquier intento de limitación definitiva en razón a que es un arte intrínsecamente impuro. Para mí, técnicamente, el fin justifica los medios, pero los medios no justifican el fin. Cuando elaboro los materiales de mi obra no soy un hombre arcaico o mágico, sino un hombre de hoy, habitante de un universo comunal, lector de libros, receptor de ideas, indi-*

*viduo con posición social y política. Detras de cada logro artístico debe haber una experiencia verdadera... Pero he de aclarar que no concibo la literatura a la manera del realismo de las primeras décadas del siglo. No persigo una descripción del ambiente realizada como un modo de transportar un trozo de realidad a la literatura. Con eso sólo se consigue la mayor de las irrealidades, ya que se desconocen las causas que determinan esa realidad. Yo busco al hombre proyectado sobre la realidad inmediata, al hombre empeñado en definir su individualidad y armonizarla con el mundo que le rodea. Mis ficciones quieren revelar, de una u otra manera, el drama del hombre de hoy y, por tanto, mi propio drama. Quizá sea la literatura la única creación que puede dejar profundo testimonio de ese trance angustioso en que se halla el hombre contemporáneo preguntándose, con mayor urgencia que nunca, qué es, hacia dónde va. Mi obra es la expresión de esa compleja crisis o no es nada...*

*(De nuevo se desordenan las páginas del Libro. Las páginas se persiguen una y otra vez hasta que al fin vuelven a detenerse. Se escucha OTRO ECO.)*

*OTRO ECO: ... La patria no es otra cosa que la infancia. Pero la infancia no es un todo mensurable y delimitado. Por eso la reconstruyo, la pueblo con indicios, con una urdimbre de recuerdos, de señales... Sólo así deja de ser una abstracción, un algo de nostalgia sin sentido. De mi infancia me viene un árbol con nombre, algunos rostros identificables, aquella calle insignificante, las cadencias de las músicas tocadas en un organito cuando el invierno. Mi patria son esos volúmenes, esos perfiles, el recuerdo de los olores, los ritmos que aprendí, las esquinas que me escondieron cuando jugábamos al rescate...*

*(Otra vez hay un pasar de páginas en el Libro. El movimiento acalla a OTRO ECO como si buscarse un párrafo perdido. Se detiene ante la presencia de UN OTRO ECO.)*

*UN OTRO ECO: ... Mi pueblo se viene desarrollando en la violencia. Yo la he conocido y, como mi pueblo, me he desenvuelto entre la violencia y la desesperación. He visto proliferar las villa-miserias, he asistido al éxodo de las provincias atraídas por las promesas de la capital, contemplé retratos de carismáticos líderes que no pudieron sostener mucho tiempo sus falacias, sé de las torturas*

*y las celdas, he conocido la opresión, las fuerzas que reprimen, la amenaza de la clandestinidad... Conozco todo eso... Pero hay algo que me estremece más, algo que hoy me aterra intensamente: la angustia del hombre que padece como nunca su propia soledad. La tragedia actual del hombre es consecuencia de los errores del pasado, de la confianza ciega en el progreso de la ciencia y en el poder del dinero. En nuestra sociedad poblada de signos y máquinas, deshumanizada, la soledad se revela con todo su desgarramiento, la incomunicación define ahora la existencia humana... ¡Ah, sí! Hoy me aterra mucho más la mezquindad, la incompreensión, el tedio, ese horrible sentirse solo entre las multitudes...*

*(Una mano tapa sin crueldad las reverberaciones de los ECOS. Permanece aposentada sobre las páginas, las oculta. El Libro soporta el peso de la mano hasta que ésta comienza a retirarse. No deja huella. Se esconde en el aire. Un ventarrón ilocalizable propaga los ECOS al tiempo que las páginas se van despoblando de signos hasta alcanzar la BLANCURA.)*

**BLANCURA:**

**SILENCIO**

**SOLEDAD**

.....

*(El ventarrón sigue ilocalizable e imprevisible. Nadie podría explicar con certeza qué extraño impulso —si fuera extraño, si es que hubiera algún impulso— le lleva a remover el Libro para velar la BLANCURA y sus silencios. Sin embargo, ocurre. Al cabo de unos minutos tal vez las páginas cobran voluntad propia y quizás se aquietan allí donde brotaron las protuberancias BRUNO y FERNANDO. Si acudimos, oiremos.)*

**BRUNO:** *¡Sal de mí, Fernando! No amenaces con tus palabras la claridad a la que aspiro. No quiero que el desorden que detesto, las dudas y temores que traen tus voces de sombra, aparezcan ante mis ojos.*

**FERNANDO:** *También yo desearía no oírte, Bruno. También yo te aborrezco y quisiera quedarme libre de tus falsedades. Si me fuera*